

LAS ARTES VISUALES EN LA POESIA DE MARIO BINETTI

Diego F. Pró

En la poesía de Mario Binetti adquieren contornos destacables los elementos plásticos y musicales. Poeta cultivado y de sensibilidad refinada, no podía serle extraño el conocimiento de las artes visuales y de la música. Su comprensión por lo que hace a los grandes músicos viene de sus años de adolescencia y vocación, según quedó asentado en páginas pertinentes. Por otra parte, el sesgo de melodía y sonoridad que acompaña toda la poesía de nuestro autor constituye una "constante" que acompaña invariablemente. Sus preferencias musicales aparecen en sus libros. Hemos visto pasar a Schumann en *Los días y las ausencias*, y a Bach, Mozart, Beethoven, Chopin y Schubert en el *Libro de los regresos*. Ese aspecto no requiere mayor insistencia ni demostración, aunque podría dar lugar a un estudio minucioso.

Por lo que hace a los elementos plásticos, su presencia en la obra de Binetti comienza en su libro *La paz adorable* (1950) y penetra y se extiende en libros posteriores, particularmente en *Los días y las ausencias* (1957), *El libro de los regresos* (1950) y *Gracia de la vida* (1966). En ese lapso de más de quince años, se advierte un desarrollo en la participación y caracteres de los elementos plásticos en la poesía de nuestro biografiado. El curso de tales elementos se inicia

en el arte griego y termina en el arte abstracto de nuestra época. Entre ambos extremos se sitúan la pintura del Renacimiento, algunos maestros de la pintura holandesa del siglo XVII, la sensibilidad aristocrática y amable de Watteau, la vitalidad de los impresionistas franceses, la renovación de los "fauves" y postimpresionistas y algunos maestros de la pintura abstracta. Este itinerario en la historia de las artes plásticas significa también cambios y mayor riqueza en las preferencias del poeta, que van acompañadas de variantes en la expresión poética y literaria. Acaso convenga mostrar con algún detalle estas transformaciones de contenido y de estilo.

En el primero de los libros aludidos, en *La paz adorable*, y en correspondencia con el interés de Binetti en el ámbito literario de la antigüedad griega y latina, emergen algunos elementos de las artes visuales de esa misma época. El poeta rescata no sólo temas, sino la espiritualidad de algunas obras, no repitiéndolas vaciamente, sino recreándolas y transfigurándolas desde su propia sensibilidad. Como en estas cuestiones concretas, sólo el poema ilustra y verifica las proposiciones, nada mejor que el lector se remita al poema "A un pastorcillo de porcelana", recreación de un tema de la cerámica griega, que ha sido transcrito en el capítulo "Ambito griego y latino".

En la historia de las artes y en la de la estética, se observa con frecuencia que los artistas no se inspiran sólo en la naturaleza, en los mitos, en los elementos del mundo interior, en las circunstancias de la historia, sino también en la historia de las artes y la literatura. Retoman temas y estilos cumplidos, no para repetirlos vacíos de vida, sí para transformarlos y abrir nuevos rumbos o derivas en la historia. Trabajan apoyándose en el pasado y con sentido de avance y prospección. Lo que importa en estos casos no son los temas, sino el estilo nuevo en que se los desarrolla, el tamiz que los filtra, la originalidad que se les infunde. Lo que ocurre con los temas acontece con los estilos. A Binetti lo vimos una y otra vez, en las dilatadas páginas de este libro, volver al pasado de las letras y la poesía, siempre desde su propia comprensión sensible y moderna. Aquí retorna a la plástica griega, motivo de algunos poemas.

Al mismo horizonte de preferencias y elementos plásticos pertenecen algunas composiciones de *Los días y las ausencias*. Apartamos "Cabeza de Hermes, de Praxiteles". Es un poema breve, en endecasílabos, con sutilezas prosódicas y sonoras. Se siente el refinamiento en la captación de la plasticidad de la talla griega que inspira la composición. Estas son sus trazas:

Tienes el blanco día en la mirada.
 Emanas armonioso, fuerte, fino.
 Quizás conozcas todas las victorias,
 y la más pura, la del equilibrio.
 Bajo el crespo cabello nace leve
 tu frente; es leve el labio persuasivo,
 y tu barbilla juvenil, flexible,
 sabe del viento en ti y de tu brío
 trémulo por boscajes y riberas.
 Tienes la gracia, su fulgor tranquilo.
 ¿Oyes la voz de las doradas islas?
 ¿Te sabes adorado y fugitivo?
 Aquí está el tiempo, tuyo, ya belleza.
 Y tu divina luz de griego y niño.

En esta composición, como en la anterior, Binetti se aleja del ensimismamiento característico de sus primeros libros, que desbordan subjetividad, sentimiento de melancolía y nostalgia. No se siente la reiteración de algunos momentos de aquella actitud intimista. Se atiene a los valores plásticos y poéticos de su asunto hasta transformarlo en temas de sus poemas. Por cierto se complace con la sonoridad de los versos, según se puede apreciar en la combinación de las vocales abiertas y cerradas y de las consonantes sonoras y sordas: "Bajo el crespo cabello nace leve/tu frente; es leve el labio persuasivo, /y tu barbilla juvenil, flexible, / sabe del viento en tí y de tu brío,/trémulo por boscajes y riberas".

El segundo momento de las preferencias, pictóricas esta vez, de la poesía de Binetti lo representan los elementos plásticos del Renacimiento italiano. Figura en *Los días y las ausencias*, un poema espléndido, noble en la captación

de la naturaleza del tema. Aludimos a la "Cabeza de Antiop, de Correggio". Helo aquí:

Mujer, estás posada sobre tu propio sueño,
 claro lecho de dicha, orilla de un sedenio
 mar de nostalgia, mar más que todo mar.
 En ti comprendo toda cosa crepuscular.
 El canto dionisiaco se va apagando, queda
 como una calma azul de la penumbra, seda
 de la tarde en tus ojos ausentes, desmayada.
 Quedas tú sola en toda la tierra, enamorada.
 ¿Qué te dicen las flores tan cerca del oído?
 ¿Qué amparas con tu brazo, acaso el mismo Olvido?
 Nido de hondas locuras, tu cabello se ahueca,
 y es casi bruma alada, bruma que la luz trunca
 de vibrante en un oro dormido con dulzura,
 y estática la adensa toda paz y blancura...
 Mujer, abres los labios como llamando al beso.
 ¿Saben ellos la grácil sonrisa y el regreso?
 ¿Ya los mojó la noche con su casto rocío?
 Estás aún ebria de ansia de cielo y desvarío.
 Eres divina y tienes como la tierra, muda,
 la dolorosa fuerza que te desnuda.

El mismo espíritu poético que alienta en los poemas y libros influídos por el ámbito de la cultura griega y latina se reconoce en los versos de esta composición. La misma sensible inteligencia, el mismo arremansado dejo de nostalgia y lejanía, la misma lumbre dormida entre las palabras. Cambian sí los elementos y significaciones plásticas hechas de luz acariciadora, de formas blandas y recogidas y de la lánguida tristeza del claro oscuro. Pasa por estos versos el espíritu de Correggio, lleno de suave belleza, de encantador atractivo, de sonrisas y de luz.

Con motivos de la pintura holandesa, hay dos poemas en *Los días y las ausencias*: "Los tres árboles de Rembrandt" y "Ante un Veermer de Delft". En el primero asume el poeta el amor de los holandeses a la naturaleza y la pintura con voluptuosidad literaria. Arte realista el de aquellos grandes maestros del siglo XVII, con los matices fugitivos de la luz,

que al ser tamizada por una atmósfera siempre húmeda, parece una lluvia áurea. Las sensaciones lumínicas, atenuadas por el tamiz de la nostalgia, dan la impresión de realidad lejana, íntima, serena. Veámoslas en el poema mismo:

Los tres árboles de Rembrandt

Están allí, los árboles, ¡humanos!
Y hay un chorrear de mágicos destellos
que funden todo en claridad y olvido.
El horizonte apenas vibra, nuevo,
bajo la lluvia de la luz copiosa.
Allá está el mundo, el hombre, su desvelo;
acá esta quietud última y suprema
de unas frondas dormidas...

En el sueño

las cosas aman como corazones;
del barro mismo de la vida, abyecto,
la luz hace su oro y sus abismos
por donde nace todo gran misterio.
La acción no es nada, sólo es fiesta pura
esa ilusión, el hondo pensamiento.
Reinan las sombras porque las escorias
deben huir, y el inefable miedo
del alto amor ha de crear pureza.
¡Estos tres dulces árboles, qué quietos!
Esta es la vida, la perfecta calma;
ésta es la dicha, tenue encantamiento.
La luz con su piedad recoge el día,
y se lo lleva lejos, lejos, lejos...

"Ante un Vermeer de Delft" es un poema que contiene todo el encantamiento vermeeriano, el prodigio de su pintura llena de luz, con una atmósfera de regreso de un sueño que aún no es vigilia. Pasan el exquisito pintor de Delft con sus doradas y lúcidas habitaciones, sus tamizadas luces, sus figuras femeninas prolijamente tocadas y los gestos eternos del recinto familiar. Este es el poema:

Quiero amarte en la heroica placidez de una hora
crepuscular y lenta, quietos los dos de dicha;

con un gesto sin tiempo encaminarte a mi alma;
no la inquietud, tan sólo la luz en tus mejillas.

Y poseer la vida por la pulcra llaneza.
Tu soledad, divina geometría de sombras;
vivir: tranquila gama de amarillos callados
con rosados domésticos y azules de altas cosas.

Escribes: una carta o desfloras sencilla
las cuerdas amistosas de un antiguo instrumento.
Hay una fiel ventana que acoge tu pureza.
El mundo es una grave compañía de objetos.

Mueves, sutil y suave, tu púdica persona,
entre óleos, tapices y blancos lozanos.
El universo es tuyo con tu gracia escondida.
Estás callada; siento tu claro amor. Y callo.

La pintura de Watteau, con su alegría de vivir y su amable epicureísmo, con la gracia, la belleza y la exquisitez voluptuosa del reinado de Luis XV están presentes en este poema de Binetti, que sólo podemos transcribir parcialmente. Algo hemos dicho sobre él cuando hablamos de *Los días y las ausencias* en el capítulo "Plenitud poética" de esta obra.

Watteau

II

Y en la niebla (¿cuál hada me dio su velo fino?),
vi a Watteau silencioso, nostálgico y divino,
que a través de los vidrios de una carroza, hundía
los ojos en las brumas de su melancolía.
A Valenciennes volvía su juventud cansada;
entre sus manos finas la tarde iba dorada.
Miran tristemente, ¡oh, su dolor de viaje!...
Watteau, Watteau y la lluvia juntos en el paisaje!
París, sedas y plumas, quedaban a lo lejos.
Como la dicha eran, ya en sus ojos, reflejos.

Y se llevaba dentro de su lágrima para
 el iris de otras fiestas y una grave dulzura.
 Su infancia, sus dolores, sus sordas rebeldías,
 su pobreza callada, con frondas y elegías,
 y su amor sin destino, subían a sus sienes
 como suben las olas, hechas blandos vaivenes.
 Detrás de la llovizna fue sólo una distancia;
 lejanías de bienes que apenas son fragancia,
 vaguedad de las cosas discretas, dulce asombro,
 la hora como un ala de abeja sobre el hombro,
 y esa verdad de niño que de inocente es llana
 como la tierra nueva florida en la mañana.
 Mago de perfil dulce, con su antorcha hechicera,
 ¿qué encenderá esa tarde detrás de su quimera?
 ¿Acaso no lo saben las alas de los cielos?
 También lo sabe el alma del hombre entre sus velos.

En la tercera parte de este extenso poema, pasan algunas telas famosas de Watteau, su "Mezzetin" delicado, su "Gilles", "bueno y suave, niño sin esperanza", las "Fiestas" campestres y galantes, "El Embarque para Citerea", "L'Indifferent" ... y toda la sentimentalidad delicada, las sutilezas de la paleta y el goce amable de la vida.

Con *El libro de los regresos* (1959) adviene otro momento importante en el desarrollo de los elementos plásticos en la poesía de Binetti. Irrumpe en sus páginas el impresionismo pictórico y penetra hasta otro libro inédito (1962). En el primer libro figuran "Recuerdo de Corot", "Vaso y amapolas", "Fruteras", "Naturaleza muerta". En los *Impresionistas*, pasan "La siesta" (Pissarro), "Las barcas" (Sisley), "Ninfeas" (Monet), "La lectora" (Renoir), "El vaso azul" (Cézanne), "Bailarina en escena" (Degas). Como no es posible disfrutar de todos, sólo ofrecemos dos poemas, uno de *El libro de los regresos*, "Vaso y amapolas", y otro de los *Impresionistas*, "Vaso azul" de Cézanne.

Vaso y amapolas

Este vaso ¡oh cristal puro! alumbra
 con su gozosa claridad, y es pleno,

y firme, y brioso transparenta;
 lo surcan, tenuemente, unas estrías,
 y en su fondo, cruzados, unos tallos,
 yacen dormidos en un agua inmóvil.
 Arriba, francas, esponjosas, leves,
 como aldeanas lindas en guirnalda,
 curvan sus rostros unas amapolas.
 Todo un recuerdo de unos verdes prados
 fluye de sus colores, vagamente,
 que van brindando la alegría; luego,
 vivas, esparcen, en la luz, aroma,
 ésta es la calma, la cordial pureza
 que hace la dicha en torno del silencio.

Arriba, el cielo, es claridad triunfante.

Vaso azul

Sólo este vaso, algunas flores, frutas
 y un plato tosco...

Pero, nuevos,
 entre los rojos, verdes y amarillos,
 -hay una banda clara de sol bueno-,
 divinamente azules y profundos
 son este vaso con sus lirios frescos.
 No hay finitud, que apenas va surgiendo
 como quebrados los contornos suaves
 de unas manzanas, festival misterio.
 Una botella hecha de luz, y abierta
 da claridad una ventana al viento,
 la vida misma temblorosa aguarda
 que se retuerzan más los lirios, lentos,
 funden sagrados sus azules limpios
 el vaso azul, el fondo azul de enero,
 y los azules lirios con rocío.
 ¿Dónde transcurre silencioso el tiempo?
 Aquí es la soledad de la belleza
 desnuda toda, toda amor primero.

En el poemario de los *Impresionistas* no sólo está
 la visión de los pintores. Aparecen detalles de sus cuadros,

el modo de atravesar las líneas y el tránsito de los colores en Mary Cassat; algunos Sisley con el tema de la nieve, y sus cielos y sus nubes y sus blancos, y sus pinceladas nerviosas, con sus toques rápidos y breves; las bailarinas de Degas, que vistas de lejos son amapolas, flores, el "Vaso con flores" de Renoir; "Flores y cristales" de Manet. Se siente en todas estas composiciones de Binetti que los impresionistas son vitales, porque trabajaron con la vida.

Desde el punto de vista poético, se advierte en estos poemas que el verso se vuelve más cortado, tajante, nervioso. No estamos ya en la atmósfera y en el clima arremansado y suave, de nostalgia y casi de sueño de los momentos expresivos anteriores del poeta. Esta tendencia más actual de la sensibilidad se acentúa notablemente en los últimos años.

Trae *Gracia de la vida* (1966) otros elementos pictóricos a la poesía de Binetti: los postimpresionistas y los abstractos. Hay un salto en la expresión verbal: quebradura del verso, visión moderna, fraseo cortante, sintético, esencializado. "Sigue la vida con fatal porfía", decía Banchs. Si no la vida cotidiana, nuestro poeta sigue de cerca la de la cultura y las artes. Solitario está más informado que muchos que hacen de la cultura vida de relaciones públicas. Llegan así Dufy, Matisse, Gaughin, Vlaminck, Braque, Picasso, Miró... Es preciso escoger. Acaso no sea un desacierto el grafismo de Dufy y la abstracción de Braque. Aquí están:

El Mozart azul de Dufy

Un fundirse espíritu y materia
en una secretísima
pasión de luz.

Suelto, sutil, rutila
como incandescente,
un fondo azul.

Furtivas,
algunas hojas, como aéreas,
vagan en el espacio. Brinda
un cuadro de flores, dominante,
su delicado verde. Sutiliza

todo un encanto
de penumbra fina.

El negro,
luego el blanco, o la sonrisa
de un piano.

Cerca se lee: Mozart. Se adivina
por el grafismo rítmico,
un Scherzo. Y se alucina
el mundo en suavidad: sonidos
y perfumes, todo anida
este límpido acorde de colores.

El cuadro, en lento azul, vibra.

Naturaleza muerta de Braque

Síntesis espectral, justa
imbricación de planos, multiplicados
con una nueva
profundidad de espacio,
partes diversas desplegadas
de los objetos diarios.
Se esquematizan frutos,
instrumentos y vasos.
Riqueza, haz
vertical, reposado
juego de precisiones y elisiones.
¡Arabescos, untuosos blancos!

La línea entra en movimiento,
entre colores sordos, da entre
su elegancia felina,
una ligereza en la que envuelve claros
cristales, muebles y figuras
como ausentes soñados.

Lúcida geometría, opresiva existencia
del mundo cotidiano...
y esencial compañía
del silencio purificado.

Simultánea delicia
de unas letras, y un exacto
golpe de luz.

¡Y la humildad
sutil del artesano!

¡Emoción, lucidez, tacto!

El desarrollo y la presencia de los elementos plásticos en la poesía de nuestro autor, puede cerrarse provisionalmente con dos composiciones inéditas: "El arquero de Bourdelle" y "La corrida de toros", de Picasso. El primero de estos motivos se encuentra en los ajardinados alrededores del Museo Nacional de Bellas Artes. El cuadro de Picasso estuvo en la muestra "De Cézanne a Miró" en Buenos Aires (1968). Cazador de temas en la vida, que le vienen por distintos caminos y suscitaciones humanas, Binetti ofrece en estos poemas, además de las significaciones plásticas, una orientación poética más actual en su sintaxis, disposición estrófica, partición del verso, espíritu de síntesis y rapidez del movimiento. Hélos aquí:

El arquero de Bourdelle

Lanzada flecha, silbo que atenuado
se apaga entre follajes
verdes. Oro mojado
de primavera nueva. ¡Y esos viajes
de la pupila ansiosa!

La diestra dura, el pie contra el granito
el musculoso arquero goza
con reprimido grito,
su esfuerzo hacia los astros.

El curvo arco abarca espacio y cielo,
y el planetario anhelo
vuela...

Hombres sin rastros,
arqueros somos. Blanco es el destino;

lanzamos nuestra flecha,
y en un día sin fecha,
perdemos todo con dolor divino.

Corrida de toros. Picasso

La cornada: explosión
de colores curvos, tramadas
líneas, rígida tensión;
descarga de luz, despedazadas
formas a pincel, abiertas
hacia el aire, duras, ciertas.

El toro negro, negro y astillado
en golpe mineral
que se ha ensanchado
en el rugir brutal.
su cabeza, un huracán
silbante y quieto en roto afán.

En su blancura
que se ha hecho densa
atmósfera clara,
la indefensa
bestia, revolcada en la rara
postura:
caballo, patas arriba,
todo blanca barriga fugitiva.

Amarillos violentos por doquier
un rostro de hombre allí,
donde se quiera ver.

Curvas, inesperadas geometrías
y simetrías
superpuestas acá y aquí.

El torero,
sin su banderillero,
al costado, todo calma y color.
La corrida, o España o dolor.

La frecuentación de las obras de los grandes renovadores de las artes plásticas, ha permitido a Binetti adquirir conciencia aguda de la revolución operada en lo que va del siglo en las tendencias y orientaciones de las distintas artes. Espíritu poroso y transfigurador no se ha aquietado en las orientaciones y estilos del cubismo, el expresionismo y el surrealismo, que son de ayer. El viaje realizado a Italia en 1960, y sobre todo la presencia en Buenos Aires de notables exposiciones, verdaderos acontecimientos en la vida cultural del país, entre ellas las de "El impresionismo francés" (1962), "De Cézanne a Miró" (1968), "Albright-Knox Art Gallery" (1969), "Arte gráfico expresionista alemán" (1969), "Bauhaus" (1970), "Paul Klee" (1970), han conmovido fuertemente el espíritu de nuestro poeta, se hacen sentir en su labor más reciente y, sin duda, son incitaciones que confluyen en su vida de creador como en la punta de una flecha que avanza siempre hacia lo supremo y distante, el futuro y lo imprevisible.

Universidad Nacional de Cuyo